

## RECUERDOS Y FANTASIAS.

### INTRODUCCION.

Broté como una yerba corrompida  
Al borde de la tumba de un malvado,  
Y mi primer cantar fué á un suicida;  
¡Agüero fué por Dios bien desdichado!

Al eco de este cántico precito  
Dijo el mundo escuchándome: "Veamos,"  
Y sentóse á mirarme de hito en hito:  
Y el mundo y yo por mi primer delito  
Desde entonces mirándonos estamos.

Dejemos á los muertos en reposo  
Y que duerman en paz, si es su destino,  
Harto harémos en mar tan proceloso  
Como es la vida en encontrar camino.

Yo el mio me busqué por las turbadas  
Ondas de aqueste mar, y mi barquilla  
Por medio de otras muchas que estraviadas  
Vogar sin rumbo ví desesperadas,  
Procuré conducir hácia la orilla.

Velé, gemí, con angustiado lloro  
Volvíme al cielo y acudí á la ciencia:  
¡A la ribera tocaré! Lo ignoro;  
Solo sé que la tengo en mi presencia.

Al verla, aunque de lejos, lancé un grito,  
Y á impulso de recóndito misterio  
Dióle la soledad eco infinito,  
Y fué, tornado en cántico maldito,  
Y espirar, en mitad de un cementerio.

Yo sentí que la turba me aplaudia  
Y ánsio de gloria al corazon hallando  
Dije dentro de mí: "la tierra es mia."  
Y con mayor afán seguí cantando.

Creí de Dios mi soberano aliento,  
De arcángel mi poder; mi alma altanera

Me arrebató hasta el alto firmamento,  
Y la region azul del vago vientos  
Estremeí con mi cancion primera.

Atras dejé las águilas que miran  
Con ojo audaz al sol, atras quedaron  
Las nubes que relámpagos respiran,  
Los soles mil que por espacios giran  
Donde mortales ojos no llegaron.

Creí el mundo á mis piés, alcé la frente  
Para cantar mi orgullo, y mis oidos  
Del medio de una nube refulgente  
El acento de Dios omnipotente  
Oyeron de pavor estremecidos.

"Canta, dijo una voz, tal es tu suerte,  
Pero canta en el polvo que naciste,  
Allí donde jamas han de creerte:  
Canta la vida, mientras va la muerte  
A sí llamando tu existencia triste."

Dijo, y me echó á la tierra y á la vida,  
Y al impulso de su hábito divino  
Con cántiga risueña ó dolorida  
La soledad alivio del camino:  
Y cumplo así la ley de mi destino.

### I.

Inunda paz sabrosa,  
Mi corazon tranquilo,  
Y dichas y deleites  
Encuentro por do quier:  
Mi sér halló en mi alma  
Inalterable asilo,  
Mi espíritu respira  
El ámbar del placer.

Ya nada me atormenta,  
Ni envidia ni deseo:  
Mi espíritu al abrigo  
De la tormenta está:  
Pasar á las edades

Indiferente veo,  
Mecido en dulces sueños  
Mi pensamiento va.

Y á veces me arrebató  
Mi loca fantasia  
En alas de su jóven  
Fecunda inspiracion;  
Y á un mundo me trasporta  
De encanto y de armonía  
Do gozan mis potencias  
Espléndida ilusion.

Mi espíritu se libra  
Del cuerpo que le encierra,  
Y grande y poderoso  
Como su Dios se cree,  
Y alcanza desde el zénit  
A la lejana tierra  
Cual punto en el espacio  
Que apenas no se ve.

Y el orbe ante mis ojos  
Desplega los misterios  
Que impulsan la infinita  
Y escelsa creacion;  
Y hollando los escombros  
De troncos y de imperios,  
Revienta en armonía  
Mi libre corazon.

Cuanto es en los espacios  
Su sér me patentiza:  
Un templo ante mis ojos  
El universo es,  
Y todo en su recinto  
Se ensalza y diviniza,  
Y la creacion entera  
Tendida está á mis piés.

No hay canto ni suspiro,  
Lar ento ni murmullo,  
Cuyo eco misterioso  
Finjir no sepa yo,  
Que mi niñez mecieron  
Los bosques con su arrullo  
Y su creencia santa  
La soledad me dió.

La música comprendo  
Que en las volubles hojas  
Resuena á la presencia  
Del céfiro fugaz;  
Y entiendo en el otoño  
El ¡ay! de sus congojas  
Con que piedad imploran  
Del ábrego tenaz.

Yo sé cómo susurran  
Con diferentes voces  
Marchitas en Setiembre  
Jugosas en Abril:  
Ya rueden con el polvo

En círculos veloces,  
Ya con su toldo verde  
Coronen el pensil.

Yo entiendo de las aves  
Los cánticos distintos,  
El saludar al alba  
O huir la tempestad;  
Buscando de las selvas  
Los cóncavos recintos,  
En donde alegres gozan  
Salvaje libertad.

Entiendo el agorero  
Graznar de la corneja,  
La ronca voz de buitro  
Que huele su festin,  
Del solitario buho  
La temerosa queja,  
Y el amoroso trino  
Del ágil colorin.

Y el ruido con que vuela  
La errante mariposa,  
Los pasos de la oruga  
Sobre la fresca flor,  
El desigual zumbido  
Con que anda codiciosa  
La abeja, de su cáliz  
Volando en derredor.

El sol con que su nido  
Columpia la oropéndola  
Del álamo frondoso  
Suspense en la altitud,  
Y los murmullos que alzan  
Las ráfagas meciéndolas  
Haciendo revoltosas  
Eterna su inquietud.

Los mágicos rumores  
Que elevan diferentes  
Las diferentes aguas  
Del bosque ó del jardín,  
Cuando los montes sulcan  
Sus rápidos torrentes,  
Cuando en los valles buscan  
Sus arroyuelos fin.

Y el temeroso acento  
De las voraces fieras,  
De la tormenta ronca  
El iracundo son;  
En mis oidos posan  
Las notas lisonjeras  
Que ensalzan y armonizan  
La inmensa creacion.

Conozco de los astros  
La incógnita carrera,  
Del ángel que los guia  
La luminosa faz,  
Y la del ROSTRO SANTO

Que en ellos reverbera  
Torrentes derramando  
De vida y claridad.

Las nubes le saludan  
Con majestuoso trueno,  
La atmósfera le enciende  
Relámpago veloz,  
La tierra le abre humilde  
Su perfumado seno,  
Y el mar canta su gloria  
Con incesante voz.

Si airado pestaña,  
Los mundos se estremecen;  
Si torna el rostro, yacen  
En muerta oscuridad;  
Si su alito les niega  
Caducan y envejecen:  
El solo es la existencia,  
La luz y la verdad.

Para *El* tiene tan solo  
La eternidad guarismo,  
Y número los astros,  
Y las edades fin,  
Y límite el espacio,  
Y término el abismo,  
Y nada se le esconde  
Por lóbrego ni ruin.

Su dedo es la balanza  
Que en equilibrio tiene  
La máquina gigante  
De su alta creación,  
Y cuanto en ella existe  
Su dedo lo mantiene,  
Y ese es el Dios que canta  
Mi lengua y mi razón.

Y voz no hay ni suspiro,  
Lamento ni murmullo,  
Cuyo eco misterioso  
Por *El* no entienda yo,  
Que mi niñez mecieron  
Los bosques con su arrulle,  
Y su creencia santa  
La soledad me dió.

## LOS BORCEGUIES. DE ENRIQUE SEGUNDO.

ROMANCE.

Rinieron los dos hermanos,  
Y de tal suerte riñeron,  
Que fuera Caín el vivo  
A no haberlo sido el muerto.

Valiente llaman á Enrique,  
Y á Pedro tirano y ciego,  
Porque amistad y justicia  
Siempre mueren con el muerto.  
[Romancero general]

I.

Después de la cruel tragedia  
En que murió el rey Don Pedro  
A manos de una traición  
De serviles extranjeros,  
Su matador Don Enrique  
Gozó en calma largo tiempo  
La corona de su hermano,  
Por la fuerza ó por derecho,  
Aunque de sangre bastarda,  
Cuentan de él famosos hechos,  
Liberalidades grandes  
De real corazón ejemplos.  
Dicen que á Castilla dió  
Gran prez y engrandecimiento,  
En paz viviendo con todos  
Por la fuerza ó el ingenio:  
Y Aragón, Francia y Navarra,  
Y Portugal, le temieron,  
Y le temblaron los moros  
Aun teniéndole tan lejos.  
De la voluntad de Dios  
Incomprensibles secretos,  
Mas donde van siempre juntos  
Los castigos y los premios!  
Vivió dichoso este rey  
Tras el fratricidio horrendo,  
Fama conquistando y nombre  
De liberal y de recto;  
Lo cual celebran los malos  
Y desespera á los buenos,  
Que no hay mas ley que la fuerza,  
Ni mas justicia, creyendo.  
Mas bien se ve en Don Enrique,  
Por la muerte que le dieron,  
De Dios la recta justicia  
Y la igualdad de los cielos.  
Con hierro mató á su hermano,  
Y él acabó con veneno:  
Por extranjeros matóle,  
Y á él matáronle extranjeros.

Veía el rey de Granada,  
Ayudador de Don Pedro,

Del reino de Don Enrique  
La prez y acrecentamiento.  
Veíalo, recelando  
Que la memoria de aquello,  
Y el rencor que produjera  
De Don Enrique en el pecho,  
Aun en él se alimentaran,  
Fermentando en el silencio:  
Y el moro pensó en sí mismo  
Y pensó con mucho acierto.  
Veló, inquirió con astucia  
De sus espías por medio  
El grande apresto de guerra  
Que el de Castilla iba haciendo:  
Y al ver la paz asentada  
Con los inmediatos pueblos,  
Y á los monarcas cristianos  
En amistad y sosiego,  
Penetró del rey Enrique  
El oculto pensamiento,  
Y otro pensamiento oculto  
Pensó oponerle resuelto.  
"Amigo fui de su hermano  
(Dijo el moro): él es soberbio,  
Y el ultraje no ha olvidado,  
Y está á volvérmelo atento.  
Ganémosle por la mano;  
Y astutos al defendernos  
Vengüemos con sangre suya  
La sangre del rey Don Pedro."

Dijo esto el moro una tarde  
Por los jardines amenos  
Del alto Generalife,  
En solitario paseo.  
Y enderezando los pasos  
Al alcázar opulento  
De la Alhambra, mandó al punto  
Que llamaran en secreto  
A un moro de grande ciencia  
Y en medicinas muy diestro,  
El mejor de sus amigos  
Y el mas leal de sus deudos.  
Vino el moro, y encerrándose  
Con él en un aposento,  
En larga plática oculta  
Hasta el alba se estuvieron.  
Nadie lo que hablaron supo,  
Nadie jamas cayó en ello;  
Los hechos lo revelaron  
Y lo aclaró solo el tiempo.  
Solo se dijo en Granada  
Con recatado misterio,  
Que el sabio huía del rey,  
Y el rey le echaba del reino.

II.

En Santo Domingo estaba  
Don Enrique, muy ufano  
Celebraba con festejos  
Sus paces con el navarro.  
Todo era gozo en la corte,

Todo en la ciudad saraos,  
Y luminarias y músicas,  
Cañas, toros y caballos.  
Andaban los caballeros  
Con las bandas y penachos  
De los colores del gusto  
De ambos á dos soberanos:  
Y andaban los trovadores  
Con cantares regalados  
Las grandezas de ambos reyes  
En sus rimas encomiando.  
Y andaba el rey Don Enrique  
Con largueza real premiándolos,  
Ya elogiándoles los versos,  
Y ya con oro pagándoselos.  
Andaba Villasandino (1),

(1) Alfonso Alvarez de Villasandino y Pero Ferrás, poetas del tiempo del rey Don Enrique II, cuyas cantigas recojió en un cancionero (con las de otros muchos poetas) Juan Alfonso de Baena, escribiente del rey Don Juan, primero de este nombre.—Fue este Villasandino el poeta mas celebrado de su época, no sin razón, y alcanzó los reinados de Enrique II, Juan I, Enrique III y Juan II. Largas son de citar las buenas canciones de este poeta: véanse, sin embargo, dos, la primera suya y la segunda de Ferrás, que manifiestan además la buena fama de que gozaba en vida y en muerte el fratricida Don Enrique, razón principal que mueve á citar éstas y no otras.

Decir que fiso Alfonso Alvarez de Villasandino para a tumba del rey Don Enrique el viejo.

Mi nombre fué Don Enrique,  
Rey de la hermosa España.  
Todo ombre verdat publique  
Sin lisonja por farsaña.  
Pobre andando en tierra estraña  
Conquistó tierras é gentes.  
Agora parad bien mient-a  
Quel yago tan sin compañía  
So esta tumba tamaña.

Con esfuerzo é lozanía  
E orgullo de corazón  
Fui rey de grant nombradía  
De Castilla é de Leon.  
Puse freno en Aragón,  
En Navarra é Portugal:  
Granada miedo mortal  
Ovo de mí esa sazón,  
Recelando mi opinión.

A los mios é á estraños  
Fui muy franco é verdadero.  
Poco mas de doce años  
Me duró este bien entero.  
Nunca creí de ligero.  
Bien guardé sus privilejos  
A fillagos é concejos:  
Conociendo á Dios primero  
De quien galardón espero.

Mi alma va muy gozosa  
Por dejar t'l capellana.  
Tan complida, ó tan onrosa  
La muy noble Doña Juana,  
Muy onesta, é sin ufana,  
Reina de liña real,  
Mi mujer noble, leal,  
En todo firme é cristiana,  
Quita de esperanza vana.

Dejó á los castellanos  
En riqueza, sin pavor:  
De todos sus comarcanos  
Hoy le leván lo mejor.  
Por su rey é su señor  
Les dejó muy noble infante  
Don Juan mi fijo, bastante,  
Bueno digno é merecedor  
Para ser enperador.

Poeta el mas afamado,  
Entre la gente de corte,  
Vestido á lo cortesano.  
Andaba Pero Ferrús  
Sus dulces trovas cantando  
Desde el alba hasta la noche,  
Desde la choza al palacio.

Y en una tarde serena  
Del mes de Abril, á caballo  
Con su corte el rey Enrique

Decim de Pero Ferrús al rey Don Enrique.

Don Enrique fué mi nombre,  
Rey de España la muy gruesa,  
Que por fechos de grant nombre  
Merescio tan rica fuesa.  
Grave cosa nra aviesa.  
Nunca fué que yo temiese,  
Porque el mi loor perdiese,  
Ni jamás falté promesa.

Nunca yo cesé de guerras  
Treinta años continuados.  
Conquere gentes é tierras,  
E gran nobles regnados.  
Fis ducados é condados,  
E muy altos s. norics.  
E di á estranos é á mics  
Mas que todos mis pasados.

En peligros muy estranos  
Muchas veces yo me vi,  
E de los mios rosanos  
Sabe Dios cuántos sofrí.  
Contemprarme sope así  
Con esfuerzo é mansedumbre.  
El mundo por tal costumbre  
Sojuzgar yo lo creí.

Sabed que con mis hermanos  
Siempre yo quisiera paz,  
A dovicronne tiranos  
Buscándome mal asaz.  
Quisolo Dios, en quien yoz  
El esfuerzo é poderío,  
Ensalzar mi poderío  
E á ellos di mas solz.

Con todos mis comarcanos  
Yo paré bien mi fazienda.  
Quien al quiso, amas manes  
Ge lo puse á contienda,  
E bien así lo entienda.  
El que fué mi coronista,  
Que de paz ó de conquista  
Ouosa quis la enmienda.

En la fé de Jesucristo  
Verdadero fui creyente,  
E á la iglesia bien quisto,  
Muy amado é obediente,  
Fis obra muy de talante  
Cuanto pude á sus prelados  
Seyendo de mil llamados  
Señores ante la gente.

Con devocion cuanta pud  
Yo serví á Santa María,  
Preciosa Virgen, salud,  
Nuestra dulzor, é alegría.  
Por sana, nin por follia,  
A santa jamás, nin santo  
Nunca yo dije mal, cuanto  
Los ojos me quebraría.

E teniendo yo mi imperio  
En paz muy asosegado,  
Que cobré con grant laserio  
Por onrar el mi estado,

Quiso salir por el campo,  
Ya comenzaban entonces  
Las florecillas del prado  
A salpicar de los céspedes  
El verde y tendido manto.  
Ya iba el tomillo oloroso  
Sobre los juncos brotando,  
Llenando el aura de aromas  
Cuanto mas puros mas gratos.  
Ya empezaban á vestirse  
De frescas hojas los álamos,

Plego á Dios que fui llamado  
A la su muy dulce gloria,  
Do está con grant victoria.  
El su nombre sea loado.

La mi vida fué por cuenta  
Poco mas que el remedio;  
Cinco años mas de cincuenta \*  
E cuatro meses é medio.  
Pisome Dios buen remedio  
A mi fin, que yo dejase  
Fijo noble que heredase  
Tal que non ha sih medio.

Deben ser los castellanos  
Por mi alma rogadores,  
Ca los fis nobles, ufanos,  
Guerreros, conquistadores:  
E á Dios deben dar loores  
Por le dejar yo tan presto  
Mi amado fijo onesto,  
De línea de emperadores.

Yo le dejo bien casado  
Con la infante de Aragon:  
Porque partí consolado  
Al tiempo de mi pasion.  
A este viene bendicion  
E los regnos por linages.  
Los que de estoria son sag:s  
Saben bien esta razon.

Dejo noble mujer buena,  
Que es la reina Dona Juana,  
Que por todo el mundo suena  
Su grant bondat sin ufana.  
Non cesa noche é manana  
Facer por mi sacrificios,  
Que son deleites é vicios  
A mi alma que los gana.

Ella sea heredada  
En paraiso conmigo,  
Do le tien presta morada  
Jesucristo, su amigo.  
De hoy mas á vosotros digo,  
Vasallos, é mis parientes,  
E yo dejo á todas gentes  
Este escripto por festigo.

Quien muy bien escudriñare  
Las razones que en el dis,  
E cobdicia en sí tomare  
De los fechos que yo fis,  
Non engruese la cervis  
Echándose á la vilesa,  
Nin se paguen de escasesa,  
Que á todo mal es rais.

Quien vivir quiere en ledicia  
E del mundo ser monarca,  
Desampare la codicia,  
Que todos males abarca.  
Franqueza sea su arca,  
Esfuerzo, é bien faser,  
Que lo tal suele tener  
Mucho bien á su comarca.

\* Acaso deberá ser cuarenta, pues el cronista dice que murió de cuarenta y seis años y cinco meses.

EL MORO.  
Diz que es un rey caballero  
El vuestro rey castellano  
Y á ofrecerle voy mi acero.

EL REY.  
¿Y si te recibe mal?

EL MORO.  
Continuaré mi camino.

EL REY.  
¿Y si osa á tí desleal?

EL MORO.  
Me avendré con mi destino.  
Mas de ello estoy bien ajeno:  
¿Para mí malo ha de ser  
Quien para todos fué bueno?  
¿Ante él me podeis poner?

EL REY.  
Moro, en su presencia estás:  
Y tu acendrada opinion  
No desmentirá jamas  
La fé de su corazon.

EL MORO.  
¿Tú eres Don Enrique?

EL REY.  
Sí.

EL MORO.  
Dame los piés á besar.

EL REY.  
No, cabalga junto á mí,  
Que quiero contigo hablar.  
Picó espuelas Don Enrique,  
E imitóle el africano,  
Y atravesando la puente  
En Santo Domingo entraron.

## III.

O el bueno de Don Enrique  
Fué crédulo por demas,  
O el moro fué por su parte  
Sutilísimo y sagaz:  
Porque en menos de dos dias  
Entre los dos de tratar,  
Entre ambos á dos habia  
Estrechisima amistad.  
Ya fuera que el africano  
Descubriese desleal  
A Enrique graves secretos  
Del rey moro Mohamad;  
Ya fuera que el rey Enrique  
Se los quisiera arrancar  
Con una sagaz política  
A la del árabe igual;  
Ya fuera que ambos á dos  
Se intentaran engañar,  
O ya que los dos obrasen  
Con hidalga lealtad;

Y las rojas amapolas  
A crecer en los sembrados.  
Y todo la primavera  
Por do quier iba anunciando,  
Con su yerba la campiña  
Y con sus trinos los pájaros.  
Cabalgaba Don Enrique  
Con sus nobles platicando  
Por fuera de la ciudad  
En pasco sosegado,  
Cuando ginete seguro  
Sobre un potro jerezano  
Vió que hácia ellos llegaba  
Solo un árabe gallardo.  
Sobre el almete de acero  
Rollaba turbante blanco,  
Y espesa malla vestia  
Bajo el almaizal plegado.  
Corvo alfanje y lanza aguda  
Llevaba en opuestos lados,  
Y con cadenas de plata  
El negro potro arrendado.  
Y en fin, las prendas que usa ha  
La opulencia iban mostrando,  
Y su bizarra apostura  
Lo noble del africano.  
Detuvo el rey su trota  
Un punto para mirarlo,  
Y su potro el sarraceno  
Tuvo tambien saludándolo.  
Quedáronse unos momentos  
Mirando uno á otro entrambos,  
Hasta que así dijo el rey,  
Y dijo así el africano.

EL REY.  
Vengas en paz, sarraceno.

EL MORO.  
Alá te guarde, cristiano.

EL REY.  
¿Adónde va el agareno?

EL MORO.  
A buscar al castellano.

EL REY.  
¿Pues qué, no da ya Granada  
A los creyentes asilo?

EL MORO.  
Mina nna lengua dañada  
El corazon mas tranquilo.  
No hay moro que mas resuelto  
Servido haya á su señor,  
Mas el semblante me ha vuelto  
Mohamad, como á un traidor.  
Sin lealtad y sin fé  
Se olvidó de mi amistad,  
Y allí á Mohamad dejé,  
¿Alá guarde á Mohamad!

EL REY.  
¿Y qué espera del cristiano?

Ello es cierto que aquel moro  
Del rey empezó á gozar  
Muy repetidos favores  
Y muy grande intimidad,  
E hizo á todos los privados  
Ante su favor cejar,  
Por mas que el vulgo y la corte  
Murmuró de este desman.  
Decian, y con justicia,  
Que le sentaba muy mal  
A todo un rey castellano  
Con moros tanta amistad.  
Que quien nació su enemigo  
Era al cabo de esperar  
Que tuviera allá en su pecho  
Poca ó ninguna verdad.  
Todo ello dicho en razon,  
Y sin respeto quizás;  
Pero dicho todo en balde,  
Pues no lo quiere escuchar  
El rey, que por su capricho  
O por recóndito plan  
Hacia el gallardo africano  
Inclina la voluntad.  
Y ya por secretas causas  
O por afición real,  
Festejábanse uno á otro  
Con correspondido afán.  
Dábale el rey privilegios  
Y rentas que disfrutar,  
Dábale estancia en palacio  
Y aun en su mesa sitial.  
Y el moro, á quien cada día  
Remitian sin cesar  
Desde Granada sus deudos,  
Sus amigos desde Oran,  
Tesoros inestimables  
Y presentes sin igual,  
Al rey se los ofrecía  
Con gran liberalidad.  
Y apenas día pasaba  
Sin que le fuera á llevar  
Ya el damasquino man-doble,  
Ya el cordobés alazan,  
Y siempre entre sus regalos  
Solian ir á la par,  
Ya el velo para la reina,  
Ya para la dama el schal,  
Ya la armadura dorada  
Para el príncipe Don Juan,  
Ya el perro de mejor rastro,  
Ya el azor mas perspicaz.  
Todo era el moro larguezas,  
Y el rey prodigalidad;  
Si el rey el mas generoso,  
El árabe el mas galán.  
Todo era fiesta el palacio,  
Tañer, danzar y trovar,  
Todo festejos el día,  
Toda la noche rondar:  
Todo festines y amores  
En la gente principal,  
Todo embriaguez y rondallas

El vulgo hambriento y audaz.  
Si en una apuesta ó torneo  
Placiale al rey bajar  
A correr en el palenque  
Con un noble á trance igual,  
Bajaba el moro tras él  
A lucir su habilidad  
En los bohordos y cañas  
Y juegos de uso oriental.  
Y nadie rompió una lanza  
Con tanta seguridad,  
Ni nadie montó un caballo  
Con una destreza tal,  
Ni nadie metió en el blanco  
Tantos dardos á la par,  
Ni nadie en cortesanía  
Logró alcanzarle jamas.  
Si diez sortijas ganaba,  
Si ocho lazos alcanzar  
Lograba una misma tarde,  
Cual diestro, siendo galán,  
Al rey y á la reina al punto  
Ofrecía la mitad,  
Entre las damas mas bellas  
Repartiendo las demas.  
Y así se pasaba el tiempo,  
Y así en escá. dalo asaz  
De Don Enrique y el árabe  
Se estrechaba la amistad,  
Y ó el bueno Don Enrique  
Crédulo era por demas,  
O era por su parte el moro  
Sutilísimo y sagaz.

## IV.

Corrió todo el mes de Abril  
Para el conñado Enrique,  
Uno de los mas gloriosos,  
Y uno de los mas felices.  
La tierra empezó con Mayo  
Con sus flores á cubrirse,  
Y el cielo fué despejándose  
De nubes y nieblas tristes.  
El viento henchian de aromas  
Los cefirillos sutiles  
Recojidos en las ramas  
De los huertos y jardines.  
Veía el rey favorable  
Estacion tan bonancible  
Para realizar los planes  
Que supo allá concebirse  
En su corazón y juicio,  
Y que á poder él cumplirlos  
Fuera acaso el rey mas grande  
Y el mejor de los Enriques (1).

(1) Fué su muerte (la de Don Enrique) muy plañida de todos los suyos; é non sin razón, ca pues tenía sus paces, é tratos é casamientos, é sosiegos hechos en Francia, é Portugal, é Aragon, é Navarra, de fecho trataba é lo mandar ir guisando, que si viviera en su intencion de armar grand flota, é tomar la mar del estrecho á Granada. E después que él toviese tomada la mar, que de allí no se pudiesen ayudar los moros, facer en su regno tres cuadrillas, una él, otra el infante Don Juan su fijo, é otra el conde Don Alonso

Pero no hay cosa que el hombre  
Para su bien imagine  
Que no le estorbe la suerte  
Que por su bien la realice.  
Ya há dias que el sarraceno,  
Tan pródigo en los festines  
Y en los regalos, ninguno  
A su nuevo rey dirige.  
Ya há dias que de su parte  
El rey ninguno recibe,  
Ni el rey le manda sus pajes  
Con prenda alguna que estime.  
Y unos dicen que ya en ellos  
No está la amistad tan firme,  
Y otros que dió á sus tesoros  
Fin el africano, dicen.  
Pero desmentidos vieron  
Sus murmullos los malsines  
En la mañana de un mártes,  
Dia aciago entre gentiles.  
Gozaba el rey todavía  
Blando reposo apacible,  
Cuando al dintel de su cámara  
Un negro, que al moro sirve,  
Se presentó demandando  
Si la entrada le permiten:  
Y como saben los pajes  
Que el rey donde quiera admite  
Al esclavo y á su dueño,  
Ninguno el paso le impide.  
Franquéronle pues la puerta,  
Y apartando los tapices,  
En la cámara del rey  
Entró silencio el etiope.  
Quedó tras él el ambiente  
Lleno de oloroso almizcle,  
Que un azafate que lleva  
Entre las manos despide.  
Mas no pudo nadie ver  
Lo que en él se deposita,  
Porque cubierto lo trajo  
Con la hermosa piel de un tigre.  
Sintióse con el esclavo  
Hablar al rey Don Enrique;  
Sintieronse las ventanas  
A la voz del rey abrirse,  
Y tras de breves momentos,  
Con su semblante impasible,  
Como una siniestra sombra  
Volvió á salir el etiope.

su fijo: é en su cuadrilla irian tres mil lanzas con él é quinientos ginetes, é diez mil homes de á pie: é las otras cuadrillas cada dos mil lanzas, é cada mil ginetes, é cada diez mil homes de á pie: é entrar cada año tres entradas de cuatro meses é andar todo el regno, é non cercar logar, mas falcar quanto fallasen verde. E que irian las cuadrillas de guisa que en un día se pudiesen acorrer, si tal caso recreciese: é después salir á folgar á Sevilla é Córdoba, é otro logar do tenían sus basteamientos. Que desta guisa, fasta dos ó tres años le darian el regno á pura fuerza de fambre, é farié de los moros quanto quisiese. E Dios non quiso que se cumpliese, ca tomóle la muerte, etc.

[Crónica de Don Enrique II.]

Tales eran los planes de este rey, y por los cuales digo de él:  
Y que á poder él cumplirlos  
Fuera acaso el rey mas grande,  
Y el mejor de los Enriques.

Quedó el rey con el regalo  
Sobre su lecho, y posible  
No siéndole contenerse,  
Levantó la piel de tigre  
Que cubria el azafate;  
Y no es fácil de escribirse  
Su sorpresa al ver en él  
Dos moriscos borceguíes.  
Eran de una piel mas blanca  
Que la pluma de los cisnes,  
Abotonados con perlas  
Y un hebillon de rubies.  
Mil esquisitos bordados  
La piel finísima visten  
De mil caprichosos ramos,  
Mil arabescos perfiles,  
Con cuyo primor y gusto  
En tejidos y en matices  
Los encajes y las flores  
Inútilmente compiten.  
Obra del Oriente solo  
Y de moriscos artífices,  
Que hacen palacios de piedra  
Como el encaje sutiles.  
Trabajo de aquellas manos  
Que, para que al mundo admire,  
Nos dejaron una Alhambra  
Del Darro en la orilla humilde;  
La Alhambra, ante quien Europa  
Ya desengañada dice:  
"No fué de bárbaros raza  
La que alzó el Generalife."

La primorosa labor,  
La pedrería que ciñe,  
Orla, corona y enlaza  
Los moriscos borceguíes,  
El suave aroma que exhalan,  
Su piel dócil y flexible,  
Lo bien que al pié se le ajustan  
Sin dañarle ni oprimirle,  
La novedad del regalo  
Y el traer del moro origen,  
Fueron razones de gozo  
Para el buen rey Don Enrique.  
Mandó entrar, pues, á sus pajes  
A tocarle y á vestirle,  
Para ostentar dignamente  
Los preciados borceguíes.  
Bizarramente atavióse,  
Y al ver cuán brillante sigue  
Su curso sereno el sol,  
Y el día en púrpura tiñe,  
Pensó en celebrar del moro  
El rico regalo insigne  
Con improvisada fiesta  
Que su placer le atestigüe.  
Llamó, pues, al africano,  
Y mandando que le ensillen  
Los caballos, y que apresten  
Los azores y neblies,  
Una partida de caza  
Y un campesino convite

Para el árabe y sus nobles  
Rápidamente apercibe.  
Y hora y sitio, y compañía  
Señala, busca y elije,  
Y alegremente cabalga,  
Parte, y la corte le sigue.

## V.

Está el sol resplandeciente,  
Y purísima la atmósfera,  
Y el azul del firmamento  
Sombrias nubes no entoldan.  
Solo á trozos le salpican  
De ráfagas voladoras,  
Al impulso arrebatadas  
Nubeillas caprichosas:  
Vapores tornasolados  
Que así varían de forma,  
Como varían de sitios  
Hasta que al fin se evaporan.  
Bisueño está el día, amena  
La campiña, encantadora  
La caza de cetrería  
En que los del rey se gozan.  
A inmenso trecho en el aire  
Los neblies se remontan,  
Sin que los pierdan de vista  
Los cazadores. ¡Qué airosa  
Se cierne libre en los aires  
Sobre sus alas, y esponja  
Su fina y rizada pluma  
La garza provocadora!  
¡Cómo se burla del vuelo  
De las aves temerosas  
Que la huyen, y á quien persigue  
Revolando juguetera!  
¡Cómo en torno de su presa  
Gira y revuelve, y la acosa,  
Y en su derredor circula  
De su torpeza por mofa!  
Ya al parecer libre y salva  
Dejándola, el vuelo acorta,  
Ya á perseguirla volviendo  
Se precipita afanosa.  
Tiembra la avecilla débil,  
Canta el ave triunfadora,  
Y en espiral rapidísima  
Caen á la tierra una y otra;  
Y el lance á juzgar alegres  
Los cazadores se agolpan,  
Y con aplausos y risas  
A celebrar la victoria.  
Contentísimo está el rey,  
Contenta la corte toda,  
Y las damas que esto miran  
Desde una empinada loma.  
El halcón negro de Enrique  
Es quien lleva por ahora  
El honor de la partida.  
¡Con qué humildad tan donosa  
Hace la presa, la abate,  
A los pajes la abandona,

Y á Don Enrique volviéndose  
En la mano se le posa!  
¡Y cómo el rey le acaricia  
Y en su palma le coloca,  
Y esponja el ave sus plumas  
Agradecida y gozosa!  
Lánzala, y rauda se eleva,  
La llama, y se abate pronta:  
Dijeran que oye y comprende  
Las palabras de su boca.  
El sarraceno, que el arte  
De la cetrería ignora,  
Porque no es arte seguido  
Por la raza de Mahoma,  
Su incomparable destreza  
Prueba, con dardos que arroja,  
Que desde el caballo lanza  
Y desde el caballo toma.  
Hienden el aire silbando  
Con rapidez prodigiosa,  
Y tan certeros los tira  
Que á los mas diestros asombra.  
Su esclavo negro le sigue  
Sobre yegüecilla torda  
De ruin estampa, mas fuerte,  
Incansable y corredora.  
Y este recoje los dardos  
De su amo, que al suelo tocan,  
Al estilo de los árabes,  
Con mano segura y pronta,  
Sin abandonar el lomo  
Del animal en que monta,  
El cual lleva en su carrera  
La tierra al vientre tan próxima,  
Que inclinándose el ginete  
Sin que apenas se conozca,  
Ase el dardo que está en tierra,  
Aun sin mirar si lo cobra.  
Tanto puede la costumbre,  
Tanto la práctica logra,  
Y tanto á los castellanos  
Por eso entrambos asoubran.

En esto, y cuando en los aires  
Mirada firme y ansiosa  
Todos clavada tenían  
En una torcaz paloma  
Que, de un halcón perseguida,  
Iba á la herida traidora  
Del dardo del sarraceno  
A caer, si le era próspera  
Como siempre su certeza,  
Cubrióse la tierra toda  
De oscuridad tan espesa  
Que el día fué noche lóbrega.  
Sintieronse al punto todos  
Presas de mortal congoja,  
Sin que pudieran sus ojos  
Penetrar aquellas sombras.  
Barrió el suelo un viento rápido  
Y helado, y cuando á la atmósfera  
Oscura se hizo la vista  
Con hondísima zozobra,

Vieron lucir las estrellas  
Que el firmamento tachonan,  
Creyendo que de repente  
Menguaba el día seis horas.  
Faltó el aliento en los pechos,  
Faltó la voz en las bocas,  
Y todos ante el prodigio  
Callando tiemblan ú oran.  
Solo el árabe y su esclavo  
Que están platicando notan,  
Y aquel fenómeno aplauden  
Con una alegría loca,  
Y escuchando los cristianos  
Su algazara escandalosa,  
Por sortilegio lo juzgan,  
Por brujería lo toman.  
Hasta que á pocos minutos  
Asomando luminosas  
Del encapotado sol  
Las resplandecientes orlas,  
Volvió poco á poco el día,  
Volvió á ausentarse la sombra,  
Y el moro explicó el eclipse (1)  
A la comitiva absorta.  
Mas aunque entendieron todos  
Que esas señas espantosas  
De este vistoso fenómeno  
Son las circunstancias propias,  
A nadie arrojar fué dado  
Del corazón la congoja,  
Ni nadie siguió tranquilo  
En caza tan azarosa.  
Tornaron, pues, en silencio  
Con faz decaída y torva  
A la ciudad que dejaron  
Con risa tumultuosa.  
Quejóse el rey de cansancio,  
Y tras noche asaz incómoda  
No pudo al día siguiente  
Salir por sí de su alcoba.  
Vinieron con tal noticia  
Los sabios de la redonda;  
Y declararon unánimes  
Que el mal del rey era gota.

## VI.

Pasáronse así dos días,  
Y así se pasaron seis,  
Y así se contaron nueve,  
Y rayaron en los diez:  
Y en ellos las medicinas  
Solo sirvieron al rey  
Para entender que la muerte

(1) ..... A diez y seis del mes de Mayo, un lunes despues de visperas, fizo el sol eclipse, é se oscureció todo él, que non se veian los omes unos á otros, é aparecieron las estrellas en el cielo, así como si fuera media noche: é duró aquella oscuridad una hora. é falleció el rey el lunes á treinta del mismo mes.

Esto dice la crónica de este eclipse; la sola variacion que hay en el romance es el atraso de un dia, porque yo lo he fijado en martes y no en lunes como aconteció.

Le asaltaba por los piés.  
Llorábale su hijo el príncipe  
Y la reina su mujer,  
Y mas que todos el moro  
Se hacia al llanto por él.  
Iba y venia afanado  
Los calmantes á traer,  
Y á preparar los remedios  
Con cuidadoso interes;  
Y como era hombre entendido  
Y el rey le queria bien,  
Murmuraban de ello muchos,  
Mas le dejaban hacer.  
Mirábanle los doctores  
Con ojeriza tambien,  
Mas á raya se tenían  
Respetando su saber.  
Que era el árabe en su ciencia  
Hombre de tan alta prez  
Que no hubo quien en Castilla  
Se le supiera oponer.  
Y en las juntas que les plugo  
Reunir alguna vez,  
Siempre que él tomó la plática  
Fuerza á los demas les fué  
Convenir exactamente  
En lo propuesto por él,  
Y á sus opiniones siempre  
Y á sus razones ceder.  
Y con tanta confianza,  
Con tan recta sencillez  
La enfermedad esplicaba,  
Y daba su parecer  
Con tanta y tan sana lógica,  
Con tan candorosa fé,  
Que nadie que le escuchaba  
Le dejaba de entender.  
Y los remedios servia  
Al real enfermo despues  
Con tan sincero cariño,  
Con exactitud tan fiel,  
Que nadie le pudo tacha  
En su servicio poner.  
Y en el tiempo que duró  
Aquella dolencia cruel  
Todas las noches velando  
Estuvo el árabe al rey.  
Sus largas noches de insomnio  
Le sabia entretener  
Con orientales historias  
Mas sabrosas que la miel.  
Los monteros le escuchaban  
Embebidos á su vez,  
Y el mas suspicaz no supo  
Desconfiar ni temer.  
Si alguna vez Don Enrique  
Le miró con esquivéz  
A impulso de los dolores  
Que le hacian padecer,  
Mesaba el moro su barba  
Y se trataba de infiel,  
De triste y desventurado;  
Y sin tenerse merced

Decía que de aquel mal  
El solo la causa fué  
Con la maldecida caza  
Dispuesta en obsequio de él.  
En fin, de aquella dolencia  
Al rayar el día diez  
El rey se sintió mortal,  
Y á Manrique el canceller  
Demandando á toda prisa,  
Y á su confesor despues,  
A concluir se dispuso  
Como católico y rey.  
Entonces cruzando el moro  
De las puertas el dintel,  
De la turba cortesana  
Cruzó sombrío á través.  
"Doctor (le dijeron muchos),  
¿Creéis que viva?—Tal vez,  
Les dijo, dure cuatro horas."  
Pero no llegó ni á tres.

## VII.

Murió Don Enrique en lúnes  
Treinta de Mayo á las dos,  
Como á un caballero cumple,  
Como á un monarca español.  
Fama de bueno y de justo  
Y de liberal dejó,  
Mas juzgó mal de su muerte  
El vulgo murmurador.  
De aquella dolencia incógnita  
El fatal estrago atroz  
En breves días, sin tregua  
Al sepulcro le arrastró.  
Y aquel agüero funesto  
De haberse apagado el sol;  
Y hacer noche al medio día  
En el que él adoleció;  
La amistad con aquel moro,  
Tal vez secreta ocasion  
De la enfermedad traidora,  
A muchos les recordó  
Lo bastardo de su sangre  
Y la sangrienta traicion  
Con que en Montiel á su hermano  
El rey Don Pedro mató.  
Unos lo dan por prodigio,  
Otros por falsa invencion.  
¿Quién, pues, lo cierto averigua  
A través de tanto error?  
Las conjeturas son rectas;  
El moro desapareció,  
Y el rey empezó á sentir  
En las plantas el dolor  
Desde el día en que sus ricos  
Borceguíes se calzó.  
La causa, pues, de su muerte  
La sabe quien la hizo y Dios.

## ORIENTAL.

No pude selle mudable  
A aquella cuyo nasci.  
Rom. general.

## I.

"Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana.

Años há, bella señora,  
Que tu vista encantadora,  
Apetecida,  
De Córdoba en los jardines  
Matóme por darme vida.  
Y en tanto que te acataban  
Y tus favores gozaban  
Mil paladines,  
Azarque, en inútil queja,  
Tus esquivaces plania  
Llorando al pié de tu reja.

Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana.

¡Ah! ¿qué importa que al Profeta  
En adoracion secreta  
Yo bendiga,

Y adores tú al Nazareno,  
Si en blanda coyunda amiga  
Un solo amor nos uniera!  
Cristiana mas hechicera  
Que el ameno  
Paraiso, no te cura  
De las palabras del conde,  
Que han de ser mi desventura.

Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana."

## II.

Así de la luna al brillo  
En tono blando y sencillo  
Cantaba voz varonil,  
Y del moro las querellas  
Vertiendo lágrimas bellas  
Oía dama gentil.

Abrío á medias su ventana  
Que con flores engalana  
La dama, y así cantó:  
Triste su cántico apenas  
Perdido entre las almenas  
Un solo instante vagó.

"Cristiana ¡oh moro! nació,  
Y me matan con rigor  
¡Ay de mí!  
Mi religion y mi amor,  
Y huyo á mi pesar de tí.  
Huye de aquí."

La voz se heló en su garganta,  
Cayó y rompióse la lira,  
Al moro estática mira,  
Mas ya ni le ve ni canta.

No canta, que en llanto amargo  
Sobre el pecho la cabeza  
Ahoga tanta terneza  
Un amoroso letargo.

„¿Por qué (dice desde el foso  
El moro), bella cristiana,  
Por qué me velas tirana  
Ese rostro candoroso?"

La cristiana amada en tanto  
Miraba y no le veía,  
Solo en el muro se oía  
Triste y angustiado llanto.

Y viendo que no responde,  
El moro desesperado  
A llamar iba ya osado  
En el castillo del conde.

## III.

Sobre alazan de Córdoba brioso,  
Ceñido el cuerpo de la doble malla,  
El señor del castillo llega en tanto  
A su opulento alcázar.

Por la penosa orilla del torrente  
Se oye cuál crujen á compas sus armas  
A par que estrepitosas se derrumban  
Entre espuma las aguas.

Llegó al castillo, y al tocar al puente  
Miró en el muro pálida á su hermana,  
Y volviéndose al moro amenazóle  
Con la robusta lanza.

"¡Infiel, al fin! ya yo me lo sabia,"  
Dijo el conde entre sí lleno de rabia,  
Y alzó la voz despues: "Mahometano,  
¿Son estas tus palabras?"

Si ya no eres cristiano tu rodela  
Y ese corcel apresta que descansa.  
Tú lo juraste, moro, que conmigo  
Serias en batalla.

—¿Por qué el conde cristiano me acomete  
Si amor quitó la libertad al alma?  
—Tú lo juraste, moro, que conmigo  
Serias en batalla.

—Yo cristiano no soy, repuso el moro,  
Yo no soy sino amor para tu hermana:  
¿Mas qué importa mi fé ni la fé suya

Si como yo me ama?  
—No blasfemes, infiel, si en tu creencia  
Tornaras á mirar estas murallas,  
Tú lo juraste, moro, que conmigo  
Serias en batalla."

## IV.

Dijo el noble de Castilla,  
Y del torrente en la orilla  
Aguardó.

¿Qué hace el moro que injuriado  
En la muralla apoyado  
Se quedó?

¿Porqué el conde le provoca  
Con voz que al honor le toca  
Y con furor,

Y el moro sombrío en tanto  
Mostrando está con su llanto  
Su dolor?

Errante su mirar vaga,  
Y almete, rodela y daga  
Lejos de él

Con ira arrojó demente  
Y así habló con voz doliente  
El infiel:

"Adios, hourí idolatrada  
Del corazon africano,  
Pues que por suerte traidora  
Te pierdo agora,  
Muere con tu Dios cristiano,  
Yo moriré en mi fé mora."  
Y hácia el conde que le espera  
Rápida y firme carrera  
Dirigió.

Y allá en el agua espumosa  
La caída estrepitosa  
Resonó.

## V.

Mientras la bella cristiana  
En su gótica ventana  
Exhala un ay de pavor,  
Del agua allá en lo profundo  
Lanza el moro en este mundo  
El postrer ¡ay! de su amor.

Valladolid.—1836.

## UNA AVENTURA DE 1360.

## ROMANCE.

En las frondosas campiñas  
Que con sus hondas serenas  
Fecunda el Guadalquivir  
Antes que en el mar se pierda,  
Sentada está una ciudad  
Que majestuosa ostenta  
Lo atrevido de sus torres,  
Lo antiguo de sus almenas.